COLECCIÓN
LITERATURAS POR VENIR

DONDE ACECHA LA MALDAD

EZEQUIEL NACUSSE
GRIMANESA LÁZARO
DANIEL MEDINA
VERÓNICA BARBERO
MATÍAS DALVARADE
NUBIA BADO
MARIANO QUIRÓS

VERA editorial cartonera

DONDE ACECHA LA MALDAD

DONDE ACECHA LA MALDAD

COLECCIÓN
LITERATURAS POR VENIR

EZEQUIEL NACUSSE
GRIMANESA LÁZARO
DANIEL MEDINA
VERÓNICA BARBERO
MATÍAS DALVARADE
NUBIA BADO
MARIANO QUIRÓS

VERA editorial cartonera

MODULACIONES DEL TERROR

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH
BLAS RIVADENEIRA
VICTORIA DAONA

Alerta spoiler: esta introducción comienza con la escena final de *Cuando acecha la maldad*, el exitoso film de Demian Rugna estrenado en 2023. Ese momento en el que su protagonista descubre el mal encarnado en su hijo y en todos los demás niños del pueblo. Quizás la forma más sutil y a la vez más radical de figurar el terror sea imaginar ese futuro sin salida. La ficción presenta un territorio que en su inmensidad oprime, hombres que —desoyendo las advertencias— han hecho todo de forma equivocada, un Estado al que no le interesa cuidar a sus ciudadanos y una nueva generación gobernada por esas fuerzas del cielo oscuro. Casi que no hay metáfora.

La película de Rugna, junto con otras como *Historia de lo Oculto* (2020) de Cristian Ponce, *1978* (2024) de Nicolás y Luciano Onetti, *Huesera* (2023) de Michelle Garza Cervera y *El conde* (2023) de Pablo Larraín, integran la renovación actual del cine latinoamericano en muchas instancias atravesado por las experiencias del terror y el horror.

Por su parte, la literatura argentina no se ha quedado atrás en esta renovación. La tríada Terror–Poder–Estado también ha sido trabajada en obras de éxito comercial de valor. Desde Mariana Enríquez en *Nuestra parte de Noche* (2019) y Luciano Lamberti en *Para hechizar un cazador* (2024) hasta Samanta Schweblin en *Distancia de Rescate* (2014) y *Las esferas invisibles* (2015) de Diego Muzzio, entre

otros. Sin dejar de mencionar la inagotable cantera de obras que tematizan sobre el terrorismo de Estado, entre las que podríamos destacar *Los topos* (2008) y *Campo de mayo* (2019) de Félix Bruzzone, *La Anunciación* (2007) de María Negroni y el ensayo de reciente aparición *Fantasmas de la dictadura. Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena* (2025) de Mariana Tello Weiss.

Nuestra colección *Literaturas por venir* busca explorar manifestaciones literarias que instalan una divergencia respecto a la mímesis como ordenadora del imaginario —ciencia ficción, terror, ciberpunk, *weird*, lo raro—. Es por ello que, si nuestro primer volumen se organizó a partir del eje «Nostalgia por el futuro perdido», en esta oportunidad, proponemos indagar en las modulaciones del terror y sus vinculaciones con lo que hoy entendemos por poder y, dada la coyuntura política argentina, por Estado, en un corpus de autores/as jóvenes de la literatura argentina contemporánea.

En «José Menéndez Menéndez, oveja» Ezequiel Nacusse indaga en el terror y el exterminio presentes en el trazado de fronteras de la Patagonia. Si estas incursiones implicaron la apropiación de territorios y cuerpos, el relato compone un imaginario divergente signado por la venganza de los fantasmas que sufrieron esas violencias.

Por su parte, Grimanesa Lázaro, en «Conegato», explora las tensiones entre el discurso médico y las leyendas populares desde la aproximación a un cuerpo enfermo y decrépito. El monstruo bifronte que configura el relato opera a modo de metonimia de otra serie de binarismos como la mencionada entre ciencia y creencia y la que se establece entre la Capital Federal y el resto del territorio argentino.

La celebración de Halloween es el escenario donde transcurre «Truco o treta» de Daniel Medina. La poética del disfraz que desarrolla el relato va más allá de la guardarropía de Frankenstein o el Guasón que usa un grupo de niños de un barrio de gente acomodada de la provincia de Salta asediando en el espesor de violencias clasistas que se esconden detrás de las máscaras de la «gente bien».

«Las dalias» de Verónica Barbero, en tanto, se detiene en la relación entre el miedo y el discurso religioso. Desde el punto de

vista de una alumna de un colegio confesional el relato despliega los entramados de poder y violencia que regulan las prácticas de la institución —la discriminación, el abuso, la imposición de jerarquías, la prédica del silenciamiento—, a la vez que resalta sus vínculos con el universo castrense, ejecutor desde el Estado de políticas de persecución y terror.

«Microcentro», de Matías Dalvarade, reconstruye en pocos minutos lo que el ingeniero Emilio Mansilla está por dejar atrás. La narración tiene la misma velocidad enloquecida que la vida de un yuppie porteño y el terror se gesta entre los mandatos que se asumen sin cuestionar, el éxito para el que se preparó desde la infancia y su subjetividad quebrada.

Una indemnización en dólares es el desencadenante de «Basuritas», el cuento de Nubia Bado en el que una madre y sus hijos fantasean con ese dinero que la madre acaba de recibir tras quedar sin trabajo. La felicidad dura hasta que el terror se instala en el núcleo familiar porque para la clase trabajadora ni siquiera está permitido ser feliz en los sueños.

«Chupacabras» de Mariano Quirós narra el viaje a Buenos Aires de una pareja de provincianos. Escapan del monstruo que da título al cuento quien mitad zorro, mitad borracho ataca al ganado y a las personas en el campo. Sin embargo, en el relato los peligros parecen expandirse a la ciudad.

Gracias a nuestros autores que han prestado desinteresadamente sus relatos para la confección de este volumen de terror federal. Un saludo para ellos y otro igual de afectuoso a nuestros lectores, bajo la esperanza de encontrar en las páginas que siguen formas no regularizadas del pensamiento, el arte, la política y el amor.

En uno de los apartados finales de *Tecnofeudalismo* (2024) Yannis Varoufakis se ve acorralado ante la pregunta que le hace un lector («si no te gusta lo que tenemos [el tecnofeudalismo], ¿por qué lo sustituirías?») y la certeza de que las respuestas que podría dar no son lo suficientemente convincentes ni siquiera para él mismo. Es entonces cuando decide escribir una novela para salir del

atolladero, no solo de esa abrumadora realidad sino y, sobre todo, «de las diversas perspectivas que se atropellaban en su mente» (Varoufakis, 2024:207). Sirva esa inspiración para la lectura de las páginas a continuación.

REFERENCIAS

RUGNA, D. (2023). *Cuando acecha la maldad*.
VAROUFAKIS, Y. (2024). *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*. Ariel.

JOSÉ MENÉNDEZ MENÉNDEZ, OVEJA

EZEQUIEL NACUSSE

De un lado y del otro las tierras eran suyas. También cruzando el estrecho. De joven, hacía veinte años o más, había recorrido la isla de punta a punta alambrando su territorio con una decena de peones, pero últimamente había adquirido parcelas nuevas, de antiguos pobladores que como él, no, no como él. Mestizos. Indios, qué va. Indios olor a foca y mierda a los que les había comprado la tierra para sus ovejitas y les había dicho pueden quedarse acá, pueden quedarse, nada más no me molesten a los animales o les cortamos las orejas. Se había vuelto blando con el paso de los años. Antes era más fácil deshacerse de los indios, pero la cosa se había puesto brava desde que había llegado el señor ese de la capital con sus cuentos de capital. ¿Vicuña, era? ¿Gallardo? Daba lo mismo. Maraco de mierda con sus modalitos refinados que venía a contarle los fantasmas de los indios como si eso pudiera avergonzarlo. Le habría gustado regalarle un collar de orejas como el que tenía el Chancho Colorado, su amigo, su leal capitán Alexander MacLennan, que en la Gloria de Dios Todopoderoso descanse. Podían, si querían, encerrarlo en una celda como él estaba ahora en su casa, con su piyama de satén rojo a rayas blancas y sus pantuflas del más refinado oro blanco, calentito, sentado al borde de su cama, y él igual iba a recordar cada parcela de su tierra, cada cagada de oveja como munición, cada pozo de cada palo que habían

puesto para impedir que los salvajes se comieran su fortuna. Cerró los ojos lleno de ira y vio la estepa amarilla en otoño y escuchó el viento de frente limpiándole las impurezas hasta hacerle volar casi el alma. Extrañaba el viento, dormir en medio del campo al sol cagado de frío. Extrañaba el frío y ver a los indios desnudos y a los gritos correteando sin saber cómo escapar de la balacera. Ya no podía caminar afuera. Apenas se podía tener en pie y andaba con el bastón de un lado al otro. José, gritó, la pastilla. El indio que había adoptado a instancias de MacLennan llegó presto, peinado al medio y con moño. En una bandeja de plata traía la pastilla y un vaso de té helado. Sobre la bandeja también había algo chamuscado del tamaño de una tabaquera. Menéndez miró al indio interrogándolo, pero su cara no decía nada. Rozó con sus dedos un poco temblorosos la cosa esa, seca como el cuero y sin embargo mullida como una almohada. Se dijo que debía de ser charqui. Indio sucio, siempre una demás. Y sin embargo... Agarró el vaso y se lo tomó de un trago. Sólo al final sintió el sabor aromático, el amargor fuerte del ñire, tal vez chaura. Cerró los ojos. Déjame solo, dijo. Una sola vez habían hablado. Cuál es tu nombre, le había dicho Menéndez al indio. Kaushel, había contestado el indio. Kaushel o Koshel, en cualquier caso te vas a llamar como yo porque ahora sos mío. También estaba el cura Pomato que ahí no más lo había bautizado: José Menéndez Menéndez. Mejor sin apellido, le había dicho José al cura, y el cura se rectificó. Desde ese entonces, Kaushel o Koshel no le había vuelto a dirigir la palabra. Ni aunque le pegara con el látigo, ni aunque lo dejara una semana sin comer. Era tozudo el indiecito, como los perros.

José se acostó y cerró los ojos. El Chancho Colorado lo había traído atado de manos con una correa. Del cuello le colgaba el collar lleno de moscas. Le contó en detalle cómo lo habían encontrado. Estaban escondidos en el bosque, desnudos bailando y con los cuerpos pintados de rojo y blanco con muchas formas muy llamativas. Parecían listos para la guerra. Menéndez había sabido de qué se trataba: el Hain, el rito en el que los adolescentes se convertían en hombres superando pruebas de fuerza, de habilidad y de supervivencia —por

eso los indios eran buenos para el trabajo aunque muy vagos—. Menéndez había sabido pero no le dijo nada a MacLennan, porque era inglés bruto su amigo. Pacientemente, MacLennan había acampado no muy lejos de ahí, sobre la costa, y había hecho traer ovejas y vacas y barrilles de vino y había puesto a asarlas a la noche muy despacito para que las luces y el humo y el olor atrajeran a los indios, que fueron llegando de a grupos, algunos todavía con las caras pintadas y los cuerpos envueltos en barro, grasa y pieles de guanaco, algunos, incluso, con las máscaras puestas por diversión, como si fueran dioses entre sus hermanos. Habían llegado de a veinte y treinta hasta ser más de un centenar. Y con reverencias, el Chancho Colorado los había invitado a hacer las paces y les había ofrecido la carne que ellos comían con las manos como si en meses no hubieran mordido ni una trucha. El vino se repartía en unos cueros de lobo marino que iban de acá para allá y pronto mujeres, ancianos, hombres y niños estaban todos borrachos. MacLennan y sus hombres los abrazaban y con palabras dulces los llevaban al agua helada y cuando los hombres querían volver los empujaban mar adentro hasta matarlos del cansancio. A otros los estrangulaban, le rompían la cabeza con piedras mientras dormían. Sólo a los últimos tuvieron que dispararles, porque ya estaban cansados. En la playa quedaron los cadáveres y al día siguiente las gaviotas los picoteaban igual que si fueran una ballena. El Chancho Colorado y sus hombres cortaron las orejas de los indios y con un hilo hicieron un collar grosero. Era la prueba que debían presentar para tener su recompensa. Kaushel vio todo eso con la mirada impasible, como si estuviera tranquilo. No había comido la carne envenenada, ni había tomado el licor envenenado. Él no confiaba y nadie había podido convencerlo. Pronto había quedado olvidado en la multitud. Hasta que lo encontraron.

Para adaptarlo al trabajo del ganado, Menéndez lo había llevado con él a recorrer los campos, le explicaba los límites, los lugares de pastoreo, las épocas de la esquila y demás. Lo había adoptado como a un hijo. Aunque ya estaba débil, se agarraba firmemente al caballo y lo llevaba al galope. Y después habían ido al galpón de esquila

y él le había dicho al indio, la primera oveja que peles es tuya, y así tendrás más fortuna que yo, porque vas a empezar tu vida con una propiedad. Yo, en cambio, empecé en el exilio, de chico, en un barco, con un maletín y una muda de ropa. Y mírame acá. Soy el hombre más rico de todo el sur austral. El padre Pomato, siempre atrás de Menéndez, asentía a todo lo que decía y le traducía algunas cositas a Kaushel. Kaushel había elegido una oveja joven y pequeñita, como él, y le había pedido al padre Pomato que la bendijera. El hombre sacó una petaca de pisco porque agua no tenía y le tiró un poco en la frente y le hizo la señal de la cruz. Menéndez y él se reían de la ocurrencia tonta del indio. Entonces, Kaushel dijo en voz alta y firme: José Menéndez Menéndez. Viendo la burla, Menéndez lo agarró de la oreja y lo sacudió. Te voy a arrancar las orejas como a todos los indios, le dijo. Aunque salvajes, son niños, le dijo Pomato para calmarlo, y a los niños les debemos piedad. Pero Pomato no estaba anoticiado de lo que los ojos de Kaushel habían visto.

Menéndez se acordaba. Ese último esfuerzo lo había dejado meses en cama. Cruzó las manos sobre el pecho y se dispuso a dormir. Afuera soplaba un viento iracundo de luna llena. Habían pasado cinco años, tal vez diez, desde que Kaushel estaba a su lado. Al principio, Kaushel dormía en una chocita afuera de la estancia con su oveja. Pero pronto Menéndez lo adoptó como secretario veinticuatro horas y le puso una cama al lado de la cocina, donde él y la oveja pasaban todo el día cuando el señor no los necesitaba. Las cosas que hará con ese pobre animal, pensaba Menéndez y se reía imaginándose al indio besando y husmeando con su naricita en todos los orificios del animal lanudo. Un eructo le subió desde el estómago y lo largó, total estaba solo. ¿Lo querría ya? se preguntó. Sus otros hijos se habían ido todos a vivir de su fortuna en Europa, en las capitales, en cualquier lado. María Behety estaba muerta desde hacía tiempo, lo mismo que MacLennan, y a Pomato lo habían trasladado el año anterior. El cura nuevo no le gustaba, hablaba demasiado de respetar la vida y poco de respetar la propiedad. Entonces eran solo Kaushel y él y los administradores de la estancia,

a quienes ya no reconocía. Calculó que ya debía tener más de un millón y medio de cabezas de ganado ovino, si las cosas marchaban bien. Los dedos le temblaban sobre el pecho y con un golpecito del índice sobre el pulgar contaba una a una todas las ovejas que eran su posesión. Eructó de nuevo y una tercera vez con un sabor amargo. Se retorció por una puntada en el estómago. José, llamó. José, volvió a gritar. La puerta de la habitación se abrió y solo pudo ver una figura siniestra. No era José, porque era mucho más alta que el niño. Tenía en la cabeza dos cuernos horizontales anchos como dos brazos musculosos que superaban el marco de la puerta. Estaba desnudo y con el cuerpo pintado en rayas rojas y blancas y levantaba las manos de manera alternada como bailando una danza imaginaria. Cantó, después, con una voz gutural, imitando los golpes del viento contra las ventanas. Dónde estás, José, indio conchatumadre te voy a sacar la raja. Hubiera seguido insultando pero un vómito blanco se le escapó de la nariz manchándole el bigote. José, volvió a gritar cuando pudo. Cuando Kaushel llegó, en la puerta ya no había nadie. Traeme una servilleta, le ordenó sacándose la camisa sin notar que no estaba mojada. Kaushel le alcanzó la servilleta y José se limpió, pero en la cara no tenía nada. Dime que estás solo, indio ladrón, le dijo agarrándolo por el cuello de la camisa. Le arrancó el moño de un tirón y lo arrojó contra la puerta. Kaushel era el muchacho más inexpresivo que conocía. Tenía unos pocos bigotitos rojos en su cara lampiña, señal de que entraba en la adolescencia. Se preguntó si acaso el Chancho Colorado no sería el padre. Deliraba, se dijo. Eso también era parte del sueño. Se acostó de nuevo y volvió a cruzar las manos sobre el pecho. Se durmió por un buen rato. Un viento helado lo despertó. Rebuscó entre las sábanas su camisa de satén y entre lo que tocaba y tocaba dio con algo chicloso. En la oscuridad no podía verlo, era algo así como un cono, cóncavo como una cuchara, de un lado peludo, del otro lado seco. ¿Qué es esta cosa asquerosa? Olía a quemado, pero sobre todo olía a algo que José Menéndez Menéndez conocía bien: olía a oveja. José, gritó. Otra ráfaga lo destapó por completo. Era como si la tormenta

de viento se hubiera metido en su habitación y en sus intestinos. Ay mamita, mamita, dijo y se cagó encima. Estoy en otra pesadilla, se dijo, es eso. Se paró como pudo a cerrar la ventana, sintiéndose pesado como en las pesadillas. El viento lo tiró para atrás y el culo le dolió tanto que se dio cuenta de que no se trataba de un sueño. En las manos tenía la oreja de la oveja y la apretaba con fuerza mientras gritaba el nombre de Kaushel. En una de las idas y vuelta del viento, la ventana se cerró por sí sola y José pudo volver a la cama. Ahora sí, estaba más liviano e incluso sentía que se había recuperado de todos sus dolores. Mañana voy a ir a cazar un indio, se dijo. Que me soben el pico los del gobierno, cuicos de mierda. No recordaba cuándo se había vuelto tan malhablado. Por cada oreja de oveja, voy a mandar a cortar diez de indio. Sí. Las voy a cortar yo mismo. Se puso la camisa y decidió taparse con las sábanas porque le había hecho frío. En los pies desnudos sintió otros pies. Un indio en su cama. Eso sí que era cosa de locos. Movió las piernas debajo de las sábanas y sintió muchos otros pies, blanduzcos, secos, grasosos. No eran pies, era José que le jugaba una mala pasada. Alguien golpeó la puerta de su habitación. Adelante, dijo. Kaushel apareció con una soga entre las manos. Tiene visitas, dijo, y tiró de la soga. Yo te crié como a un hijo, dijo José. La oveja venía totalmente esquilada y sin una oreja. José miró la que tenía en la mano. Qué has hecho, indio mutilador, salvaje asqueroso, le dijo. Tiene visitas, repitió Kaushel, y siguió tirando de la soga. Uno detrás de otro aparecieron los indios envenenados que querían darle la bienvenida.

CONEGATOS

GRIMANESA LÁZARO

Me recibí de médica en la Universidad de Tucumán un mes después de cumplir veintiséis años. Mi única experiencia laboral durante la carrera había sido una corta pasantía rural en Chicligasta, donde la mayoría de las personas que consultaban estaban sanas. Me sentía más preparada que nunca para curar, pero temía ver morir a la gente.

Impulsada por vivir algo distinto, decidí buscar mi primer trabajo en la Capital Federal. Quería ver pacientes críticos, conectados a respiradores, tubos y computadoras. Estaba tan emocionada con esa idea que, dos semanas previas a obtener mi título, envié mi currículum a varias clínicas privadas. No imaginé que podía haber tanta oferta laboral.

Decidí presentarme en el primer sitio que me aceptó: un sanatorio del siglo pasado, del tamaño de una manzana. Había sido remodelado hacía poco y combinaba pisos de mármol con ascensores tipo cárcel, pasadizos, sótanos, una capilla y una cripta. No sabía bien la carga horaria, pero el sueldo por ser médica general alcanzaba para alquilar un departamento cerca.

Me entrevistaron por teléfono y no me pidieron foto, así que cuando me presenté el primer día no conocía a nadie y ellos tampoco me conocían. La puerta del personal era una habitación lujosa llena de pantallas. «Trabajador autorizado número dos mil trescientos

veintiséis» apareció en un televisor después de apoyar mi huella digital en un sensor.

Un policía me acompañó hasta la oficina que me correspondía. Ingresé y un grupo de personas mayores se presentó como mi equipo. Todos me saludaron de forma correcta, ordenada, y enseguida volvieron a sus tareas sin prestarme atención.

Ese día había elegido una camisa de jean y, aunque no había uniforme para usar debajo del delantal, todos vestían ropa blanca. No podía evitar sentirme fuera de lugar. Subí por dos ascensores. Sin una mínima evaluación de mis habilidades, me asignaron tareas con los pacientes. Debía hacer la historia clínica del señor Osvaldo Gentile, en la última habitación.

La ciento doce era una de las pocas piezas compartidas del hospital. No tenía ventanas. No encontré jabón ni toallas en el baño para lavarme las manos. Había dos camas, ambas ocupadas. Gentile era un hombre viejo, solo, sin familia, sin cuidador y sin una sola carta de aliento en la mesa de luz. Ni una mísera estampita en el respaldo. Lo identifiqué por una pulsera con su nombre. A su lado, otro hombre aún más viejo dormía sin mover un solo músculo del tórax. Aunque no lo pareciera, estaba vivo, con buen color y sin olor a sangre coagulada. Viviría unos días más.

Lo primero que escribí en mi libreta sobre Gentile fue «adelgazado». Era piel y huesos. Tenía la cara descompuesta por dolor y un vendaje en la pierna que manchaba las sábanas. Me presenté, le di la mano y comencé el ritual para el que me había preparado durante ocho años.

—Señor, despierte. ¿Qué le pasó?

Osvaldo Gentile se incorporó lentamente y comenzó su relato, rodeado de moscas de verano.

—¿Es doctora? Es muy joven —me dijo, relajando los músculos de la cara. Tenía acento de mi provincia, mezclado con porteño.

—Sí, soy la médica de guardia.

—Fue anoche —continuó—. Escuché que mi gato lloraba en el jardín. Lo habíamos adoptado esa tarde, mi mujer y yo, en el parque.

Me contó que a las tres de la mañana el animal se escapó fuera de la casa. Salieron a buscarlo. Entonces aparecieron en su jardín cientos de gatos que los rodearon a ambos.

—Nos atacaron. Primero a Mimí. Después a mí.

Le pedí que me mostrara la herida. Se destapó la pierna. Había cientos de cortes, como si su piel hubiera sido rasgada con agujas durante horas.

—Los vecinos llamaron a la policía al escuchar los gritos —agregó—. Sé que Mimí acaba de morir en terapia intensiva. La pobre se asustó mucho. Nosotros ya nos habíamos alejado de las pestes, de las leyendas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Intenté tranquilizarlo.

—No se preocupe por Mimí, no me llegó la alerta de ninguna defunción hoy. Deben estar atendiéndola.

Él negó.

—Querida... su alma estaba conmigo recién. Se escondió en el baño cuando usted entró. Está triste y quiere despedirse. ¿Podría volver más tarde? Hoy tiene mal carácter. Si se enoja le puede arruinar el día.

En ese momento escuché cómo tiraban de la cadena del inodoro. Había alguien en el baño. El terror en el rostro de Gentile quedó tatuado en mi memoria. El monitor marcaba valores descontrolados.

—Por favor. No quiero que se vaya de este mundo enojada —susurró.

Salí lo más rápido que pude de la habitación. No lo revisé. Ni siquiera le tomé el pulso.

En el pasillo me estaban esperando mis jefes. Me retaron por demorarme tanto.

—¿Impresión diagnóstica?

—Herida en la piel por mecanismo accidental —dije. Mordedura de algo, pensé. Y alucinaciones.

Esa tarde lo medicaron con antibióticos, le hicieron un vendaje resistente al agua y le dieron el alta. Por la noche revisé las

defunciones: solo había muerto una persona en quirófano y un recién nacido. Ninguna persona llamada Milagros o Miriam figuraba internada.

Un mes después el nombre de Osvaldo Gentile reapareció en la clínica. Por protocolo, volvió a ser mi paciente. Entré a su habitación con cautela. Tenía el mismo vendaje que le hicieron en la internación pasada, viejo, sucio, deshilachado. Nunca se lo cambió. Ahora tenía una nueva gasa en la cabeza.

—Doctora —me dijo—. Qué bueno que volvió. Mi mujer sí murió, ¿vio? Ya pasó un mes. Me saqué una foto al lado del cajón para que usted la conozca.

En efecto, me mostró una foto junto a una mujer muerta en una sala velatoria.

—Ahora puedo decírselo. Esto se habla solo entre tucumanos. Lo que adoptamos no era un gato. Era un conegato. ¿No sabe lo que es?

Negué.

Su expresión se ofendió.

—Pasó en la zona del ingenio. Un gato hizo enojar a un duende porque se comió a su hijo, y el castigo fue convertirlo en un conegato: un felino deforme que camina en dos patas. Intenta saltar como canguro, pero no le sale. Cada mil gatitos norteños, una gata puede tener un conegato. Los animales lo saben. Es su maldición. Y no tiene que haber conegatos en Buenos Aires. Se rompería el equilibrio entre la distancia y la extrañeza.

Guardó silencio. Respiró profundamente.

—¿De qué se trata ese equilibrio?

—¿No te enseñaron nada en la escuela? Si el mundo extraño toma contacto con la parte más civilizada de nosotros, nos arruinamos. Nada saldrá bien. Fallarán los tratamientos médicos, no crecerá ningún cultivo, se secarán los pozos de petróleo, habrá tsunamis en Mar del Plata y caerá granizo sobre la soja. Será nuestro fin.

—¿Si ese es el futuro y viste un conegato en Buenos Aires, qué hiciste con él? ¿Por qué no lo mataste?

—Cuando lo vimos en la canasta nos dio pena. Mimí quería cuidarlo. Lo llamamos Jorobado. Lo llevamos escondido en el subte con el fin de devolverlo a fin de año por Bella Vista o Concepción.

Luego se quebró.

—Y esa noche... no sé cómo se multiplicó. Aparecieron muchos iguales. Nos atacaron. Después desaparecieron. Mimí ya no está. Me toca vivir solo. Vuelven por las noches. Rompen muebles, cañerías. Se comen a las palomas. ¿Alguna vez escuchó chillar una paloma cuando se la están morfando viva?

Se tocó la venda de la cabeza.

—Era obvio que iban a querer empezar a comerme por el cerebro.

En ese momento Gentile tuvo un paro y falleció. Yo intenté reanimarlo sin éxito. Tenía demasiado trabajo para extrañarlo. Cuando retiraron sus cosas de la habitación dudé en quedarme con su foto junto al cajón de Mimí, pero pensé que era mejor no tener nada que ver con esta historia.

Volví a casa y noté que tenía los brazos arañados. No me había dado cuenta. Algunos eran profundos. Tenía la zona como anestesiada. Luego todo el año tuve muchos problemas de salud. Subí de peso y tuvieron que operarme de urgencia en más de una oportunidad. Lo raro es que abrían mi abdomen y encontraban tumores que formaban pelos blancos en su interior.

Pasaron dos años. Perdí mi acento provinciano, me acostumbré a caminar en una ciudad orinada entera por perros y dejé de festejar la Navidad. Un día, mi hermano vino desde Tucumán a visitarme. Su ferretería iba bien. Se había comprado un auto nuevo y quería asentarlo en la ruta.

Era la primera vez que venía. No me preguntó por qué no volvía a casa. Me contó que, en el camino para acá, tuvo que tirarse a la banquina en el kilómetro sesenta y cinco de la ruta nueve, saliendo de Santiago del Estero. Venía a ciento veinte así que se salvó de volcar.

—Una familia de bichos estaba cruzando —dijo—. No tuve otra opción que frenar. Eran esos gatos mezclados con conejo que salían en la televisión hace unos años.

—¿En la televisión?

—En YouTube mejor dicho, en ese programa que persigue historias paranormales. Felinoides, peludos, saltadores. Cientos, Cris. Cientos. Estuve parado quince minutos mientras cruzaban en dirección al sur. Hacia Buenos Aires. Pensé que me los volvería a topar pero por suerte no.

Él lavaba el auto con un balde.

—Creo que pisé un par —agregó—. Esa es la porquería roja que manchó las ruedas.

Lavamos las cubiertas durante horas. Yo fingía fregar sabiendo que no iba a poder sacar la mancha. Los conegatos se cruzaron en su camino y le tocaría, al igual que a todos, enfrentarse con ellos a su debido tiempo.

El auto estaba precioso. Quizás algún día yo también pudiera comprar uno. Lo había extrañado. Y, aunque tenía las mangas mojadas, le pedí que me abrazara como si me hubiera ido a vivir a otro continente.

TRUCO O TRETA

DANIEL MEDINA

No sé quién tuvo la idea de disfrazarme de gaucho salteño. En retrospectiva, sospecho de mi madre: siempre creyó que lo folclórico podía tapar cualquier crisis, incluso la de nuestra familia en descomposición. También pudo haber sido iniciativa de la tía, porque era lo único que había en su placard: una faja roja, un poncho vinotinto estragado por las polillas y un sombrero lleno de polvo.

El año anterior ambas se habían resistido a celebrar Halloween: habían dicho que era una ridiculez, una imposición extranjera y no sé cuántas cosas más. Pero ese año se empecinaron en que yo acompañara a mi primito Lucas. Acaso querían quedarse solas, hablar, compartir penas: mi tía haría catarsis sobre el asentamiento que se había instalado en un descampado cercano, llena de yutos; mi madre necesitaba hablar mal de la pendeja que había conquistado a papá, y eso siempre empezaba con una ristra de adjetivos irreproducibles y terminaba en un llanto trenzado de dolor y bronca.

Lucas tenía mi edad, pero hablaba como si estuviera traduciendo en tiempo real desde algún idioma antiguo. En casa le decíamos opa o mogólico, pero madre me repetía, antes de visitar la casa de Tres Cerritos, que ni se me ocurriera decir algo así. Igual, yo tenía vergüenza de salir a pedir dulces con él: era como ser el encargado de pasear a un perro tonto.

En la cocina, mi madre cebaba mate con la determinación de quien cree que la cafeína podría reemplazar la autoridad parental. Antes de que saliéramos, la tía comentó algo que en ese momento registré con la misma atención que un pronóstico del tiempo para otro país:

—Recién pasaron los del frente —dijo—. El nene tenía una motosierra y la nena una máscara del Guasón. Les di caramelos, pero ni gracias dijeron.

Los del frente eran hijos de un senador. Tendrían mi edad. Cuando íbamos de visita, yo espiaba esa casa: cuatro pisos, una cancha de pádel, una pileta y esas dos melenas rubias recorriéndola con risotadas altisonantes.

Lucas apareció con una máscara de Frankenstein que le quedaba grande. La goma le marcaba los pómulos.

—¿Gusta? —preguntó.

Incluso con la máscara puesta se le notaba lo opa. Pero dije que sí.

Salimos. Algunas casas tenían telarañas de papel y calabazas exhaustas; otras estaban apagadas, como si sus dueños hubieran decretado duelo nacional por Halloween. Lucas corría de puerta en puerta, golpeaba como quien exige un rescate y gritaba «¡dulce o truco!» aunque no hubiera señales de vida. A veces se reía solo. Yo caminaba atrás, hundido en mi disfraz.

Discutimos. Sé por qué: tocó el timbre de una casa donde, a través de los ventanales, se veía luz y gente. Nadie abrió y él siguió tocando y tocando y gritando «truco o treta, truco o treta». Y yo exploté. Le dije que basta, que dejara de gritar, que hacía papelones, que era un mogólico subnormal. Lo dije casi con ternura, aunque suene imposible. Él me miró desde la máscara; las lágrimas se deslizaron por el plástico.

Se alejó rápido, como un perro huyendo de su paseador. Dobló por una calle lateral. Lo seguí con desgano.

El callejón era angosto y húmedo. Primero vi a Lucas, después, unos metros más adelante a ellos: los del frente. El chico con la motosierra de utilería, la chica con la máscara del Guasón. Ella tenía una mano en la entrepierna de él y la movía. Yo sabía qué estaban

haciendo. Me escondí detrás de un tacho de basura: un acto reflejo, casi elegante en su cobardía.

Lucas no. Lucas se quedó parado, mirándolos.

—Lucas, vení —susurré.

Pero él siguió ahí, como un espectador, acaso sin entender lo que pasaba.

La chica giró la cabeza; la máscara brilló un segundo con esa sonrisa pintada, exagerada, obscena. Hubo un silencio. Una voz masculina dijo: «¿Qué mirás?». La de ella insistió: «¿Qué puta mirás?». Lucas no se movió. Tampoco dijo nada.

Primero fueron los insultos. Después los golpes.

Yo no los quise ver. Cerré los ojos. Me tapé las orejas, pero no fue suficiente: igual me llegaron los sonidos del cuerpo siendo golpeado, los quejidos, el llanto y los pedidos de piedad mal pronunciados: «po favo, po favo». Tantos años de fonoaudióloga para nada.

Después vinieron las carcajadas y los pasos alejándose.

Cuando abrí los ojos, Lucas estaba tirado. La máscara de Frankenstein rota, la pintura verde mezclada con algo que no era pintura. Por un momento creí que el disfraz se había fusionado con su cara, como si el mundo le hubiera dicho: ya está, quedate así. Sus ojos estaban abiertos, quietos.

Volví a casa. No recuerdo cómo. Dije que Lucas se había echado a correr y que no lo había vuelto a ver.

A la mañana siguiente, la tía lloraba en la cocina. Un policía dijo que seguro habían sido los del asentamiento. «Esos negros de mierda me mataron a mi hijo», gritó.

A veces sueño que esa noche llego a tiempo y freno la golpiza. Los enfrento con un «¿qué están haciendo?» y los hermanos corren. En otra versión, nos trenzamos a golpes y yo gano, pero es tarde: Lucas llega a atestiguar mi heroísmo, pero igual muere en mis brazos. En otra, la motosierra funciona y los hermanos me trozan lentamente y yo siento un dolor indescriptible antes de morir. Ese es mi sueño favorito.

LAS DALIAS

VERÓNICA BARBERO

Las que somos de este colegio, sabemos que a los santos no hay que salir a buscarlos, el nuestro nació aquí en el mismo barrio. Bajo su protección jugamos en el patio, shacka shacka, saltamos al elástico, «a orrr errme sin moverme», corremos los bancos, alta en el cielo el águila guerrera vuela hacia la parra, revoleamos por la ventana una pelota rellena con arena, entre risas de no sé qué, la devuelven a la pelota y va dar contra nuestro santo, un dos, un dos, izquierda, derecha, izquierda, siempre quedamos a la izquierda, cuando tocan la campana, viene la preceptora y el fru fru de su sotana, hay que juntar los pedazos de yeso en el piso, entre tapas de sandwichitos desarmados.

Las que somos de aquí sabemos que mejor andar calladas, aunque yo tiendo a hacerme demasiadas preguntas, por suerte tengo a mi amiga Mamalú, me encanta su pelo, su cola de caballo larga y castaña que mueve a un lado y al otro mientras habla, ella recita las versiones de cualquier historia en mi nombre, después me las cuenta de nuevo para que no queden dudas, las cambia un poco y son versión original para las monjitas y el cura párroco. En el colegio hay puertas en todos lados, click click click de los llaveros, las llaves más grandes abren las de madera oscura que dan a la zona que habitan las monjitas. Ellas dicen todo con una claridad que me espanta, esto es un gato, aquí el principio, allá el final, se burlan de todo, de

nosotras y de las que lloran, las que vienen del campo, las que le temen a la lluvia más que a Dios. A esas les dicen las esclavos, no tienen otro nombre, las internas, les decimos así cuando la puertita de alambre se cierra detrás de ellas a las doce. ¿Y si se echan a correr, cómo tiemblan, y si se echan a llorar, cómo corren, y si es verdad que solo están para limpiar y lavar los platos, que no sirven para otra cosa las esclavos?

«Hay historias que las pintan de cuerpo entero —dice Mamalú enroscándose el pelo entre sus dedos— una señora vino el otro día, no me acuerdo bien, me contó que a una de ellas, por poco, le sale un hijo delante del policía en la vereda del colegio. Al chiquito parece que se lo dieron al gobierno. Les tengo miedo a esas infelices».

Armamos grupos con nombres de flores para diferenciarnos de las esclavos, somos las dalias, los alelíes, *select group* con las que tienen papás uniformados, la Colorada y Kim rubia altísima norteamericana, vinieron por un operativo, shhhhh, mejor no preguntar, shhh shhhh, nos hace callar Mamalú, a nosotras no nos concierne. En el arsenal, las dalias festejamos los cumpleaños, a las esclavos no las invitamos, a esas hay que ligarlas, opinan todas, se reproducen como conejos por eso de la mala vida, por eso de andar robando. Los papás uniformados nos llevan en sus camionetas, nos dejan ir sin delantal, las kilt escocesas están de moda, vamos vestidas iguales. Los soldados nos hacen un asado, a veces bailan con nosotras, a veces escuchamos: gritos, grillos, grilletes, globitos, el partido, ruidos del campo, crack, crack, crack, algo metálico. A veces nos observan desde los galpones un montón de seres, a la luz de las linternas se intuyen cabezas lisas cubiertas con máscaras, en la espalda cargan fusiles. Uno de ellos se vuelve, tiene ojos color acero, iguales a los del asesino espléndido, un primo de mamá al que llaman así por su elegancia y la limpieza del uniforme, tok toko tok, sus botas lustradas cuando entra a casa y golpea con el puño en la mesa, dice que gracias a él no nos llevaron, porque somos encubridores, porque tenemos parte de la familia escondida en el campo, zurdos y poetas que tenían un polígono de tiro en Río

Cuarto, mi mamá queda temblando, se gasta los ahorros de la vida para comprarle un cuadro, un Quinquela para el casamiento y para nosotras zapatos blancos, así vamos todos temblando.

El asesino espléndido nunca mezquina su ira ni con el Quinquela, porta su ira en todos lados. La descarga con el colombiano, al que conocí en el kiosco de revistas, repartiendo folletos de la Unión de Repúblicas Soviéticas, ese país no es lo que parece, ni tampoco lo que nos contaron. «Prohibido mentir y haraganear, jure como se debe», le dijeron, tok toko tok, taconeo de las botas y se lo llevaron. La monjita Imelda de geografía nos enseña que el comunismo es una utopía que no tiene en cuenta la esencia del ser humano, por el pecado original jamás seremos buenos ni solidarios.

Me encanta escuchar las cosas que cantan las monjitas, tan lejos del mar que estamos suenan como olas de aguas extrañas, las letanías a las siete de la mañana pueden producir viento, lluvia o arco iris con solo pensarlos dentro del claustro. Cuando llego temprano es el único momento que el aire parece blando, no hay ruido de la calle, si alguien las llama a las monjitas todo se vuelve mudo y rígido, salen a matar lo que tocan, siempre atareadas en algo. A esa hora aparecen las esclavos, ram ram, del haragán, dejan todo bien limpio bajo la supervisión de las monjitas y las dalias que van llegando. Mamalú resalta lo mal que limpian porque siempre están con la cabeza gacha, jamás miran al techo lleno de telarañas. Antes de entrar a clases se sientan en una esquina en el patio de la parra, el rincón de no molestar, el más remoto, conversan entre ellas, escriben cartas a sus familias y también postales. Sin sus delantales azules, tienen razón mis amigas dalias cuando comentan que se visten muy mal, con chomba varonil y pollera estampada, que no saben combinar nada con nada, ropa que les donan de lástima. Si alguna esclavo me mira, le sonrío, ellas tienen la piel tan sensible que nuestros pequeños saludos cotidianos, les producen heridas de muerte.

A las monjitas ya nada les maravilla, salvo los días que el cura párroco viene a dar misa y a confesarnos, a las dalias las dejan pasear por ahí de la mano de sus papás uniformados, ellos tienen las

botas tan brillantes que una vez vi el reflejo del duende con mano de hierro y otra de trapo. Uno a uno desaparece dentro de la capilla y va quedando desierto el patio. Esos días que viene el cura estoy tranquila y no tanto, de las cincuenta soy la que más le gusta. La primera vez que me negué a sus avances, me preguntó al oído «Si me gustaba hacer cochinadas», me hice pis del miedo en el confesionario, la segunda me negué también, volví con una aureola en la parte de atrás del vestido y la tercera dije mm equivalente a sí, entre un mar de dudas, zac! zac! Me dieron ganas de rebanarle limpitas esas manos gordas. Entretanto el ángel, Dios patria y familia rebosan de pedrería en la capilla, la luz de los cristales, topacios, amatistas, todo es milagro. No me gusta el ángel de la entrada me muero de espanto. Me hice amiga de una esclavo, la que tiene espalda ancha, la única autorizada a limpiar nuestro santo, tiene una escalerita para llegar hasta la coronilla, paso a paso, dice, hay que ir ganándoselo de a poco, si toco su mano me trasmitirá su santidad y obra, entrará por mi brazo como un rayo. Las otras esclavos que limpian son valientes, juegan al toque en la espada, toque en el bulto del ángel o toque al cristo/crista que tiene todo lisito como nosotras, sin nuestro olor ácido y dulzón con el que impregnamos el aire del colegio. Avanzo hacia el altar, pegada a la pared, rodeando el lugar donde las monjitas conversan, el patio de ficus y filodendros, doy un rodeo interminable, todo sea por llegar a él, recibir la descarga eléctrica de su mano y subir al cielo. Debería haber perros que ladren, aquí no hay perros, aquí vivimos rodeadas del fru fru de las sotanas, en una casa de ángeles, ángeles con becas para huérfanos de padre o madre con familia numerosa y sin recurso alguno, la beca soluciona, miente vocación y al seminario, a cumplir deberes religiosos, los padres de las esclavos no frecuentan la palabra divina ni los sacramentos y son pobres, aquí las monjitas pueden ser sus madres verdaderas de caridad cristiana.

Por juntarme con las esclavos me llené la cabeza de piojos, me obligan a recogerme el pelo, yo no quiero y me lo corto, bien cortito como chiquito bonito, algunas se enamoran de mi locamente, me

mandan cartas hermosas, mi amiga esclavo de espalda ancha me indica el lugar ideal para escondernos y darnos besos, atrás de la capilla donde guardan los plumeros, otra hace de campana por si aparecen las monjitas, son días maravillosos, nos escapamos a fumar a la terraza, jugamos a un montón de cosas, me explica otras que yo no conozco, dónde mi padre tocaba a mi madre, por ejemplo.

Con Mamalú, la paz se ha roto, como si tuviese una enfermedad contagiosa, ya no me habla, bambolea su pelo, su cola de caballo castaña y larga cuando cuchichea con una y otra en el recreo, desparrama el rumor al que adhieren las dalias de que soy una desviada. Trazo frontera con ellas, voy a armar un nuevo grupo. No falta la soplona que va con el cuento a las autoridades. La directora aparece y aquieta el aire, ella es más de la especie aviar, depredadora, sus poderosas garras se preparan para despedazarnos a la esclavo de espalda ancha y a mí, el pico se abre y sus ojos miran al infinito, si parpadea vuelve de lo aviar a lo humano, aunque emite graznidos, grr grrrr, y nosotras corremos, ella lanza su artillería: «¡Sin pelambre aquí no entra, aquí tomamos el té con teterita, puede hacer porquerías cuando viva en otro lado o cuando se muera!».

A las desviadas se las manda de retiro, solita sin amiga, no se dice ni fu ni fa, nada se dice en los retiros de silencio, solo se habla por las rejillas de los resumideros del baño. Ahora se toma todo, el primer tazón de sopa y el segundo con toda la furia, de qué se ríe, dice una de las monjitas, del sexo maloliente y feo. Siento el olor que viene de abajo, me siento una fracasada por no poder quitármelo, porque me hago el amor yo sola como me enseñó la esclavo de espalda ancha, me hago el amor eterno, voy a arder en el fuego del infierno.

Me enfermé de tanto pensar, tengo pesadillas con crucifijos que bajan del cielo, me siento en la máxima elongación de la órbita alrededor de nuestro santo y desvinculada de mi cuerpo, como si estuviese en un coma profundo, no hay dónde escapar de mis malos pensamientos, los pongo en reversa, he decidido luchar, necesito una mutación urgente, me saco el uniforme de dalia, frente al espejo me pruebo el hábito de las monjitas.

MICROCENTRO

MATÍAS DALVARADE

Partir, esa es mi meta.
FRANZ KAFKA

A esta hora de la tarde, en este rincón de la ciudad, los drones empiezan a sobrevolar los edificios y los oficinistas se apuran para llegar a Retiro antes de que los agarre la noche. El ingeniero Emilio Mansilla, sentado sobre uno de los inodoros que hay en el baño de la oficina, con la jeringa todavía en la mano, piensa que la primera decisión genuina que tomó en su vida es la que acaba de tomar, cuando clavó la aguja en su brazo izquierdo.

Las otras decisiones, las anteriores, siguieron siempre una lógica externa. Haber hecho la primaria en el San José y la secundaria en el Huergo no fueron, lógicamente, decisiones suyas, pero tampoco lo fue la elección de la carrera en ingeniería química, ni el ingreso al laboratorio del doctor Del Campo, ni el casamiento con Andrea Acosta, ni mucho menos ser padre. Hasta se podría decir que, para ir al presente, tampoco fue suya la decisión de buscar el segundo hijo; ni la de comprar esa casa *container* en Cardales. Ni siquiera la de haberse puesto el pantalón gris que tiene enrollado en los tobillos y que esta mañana estaba arriba de su cama junto a la camisa blanca que ahora lleva arremangada en un solo brazo y manchada de transpiración.

El cosquilleo empieza en la mano y le sube hasta el cuello. Es leve, como si un insecto le caminara bajo la piel. El ingeniero deja la jeringa en el tacho y se acuerda de las reacciones que tuvieron los voluntarios. Primero se le aparece el pibe del Banelco, la sonrisa casi sin dientes, acurrucado contra el vidrio. Después, el viejo que encontró rezando entre los andenes del Sarmiento que, al despertar, movía la boca sin sentido. En su momento, el ingeniero anotó estas reacciones con la misma frialdad con la que reportaba un desvío en la potencia de un lote de medicamentos. Ahora, mientras se mira el brazo, se siente cerca de ellos; exagera, se dice que son familia.

Las luces de un dron barren la oficina y se filtran por debajo de la puerta del baño. Por momentos, el ruido de las hélices se hace tan fuerte que parece que volaran entre las computadoras. El ingeniero sabe que los drones no están por él, por lo que acaba de hacer, ni por lo que hizo con los voluntarios. Hace tiempo que las cosas cambiaron, que las leyes son otras. Sin embargo, al ingeniero le gustaría que los drones sobrevolaran la ciudad por él. Le gustaría, sobre todo, que su padre, o la persona que durante mucho tiempo dijo serlo, sentado frente al televisor de su casa, casi muerto, pero sentado firme porque cualquiera que haya pasado por el liceo militar se sienta así, le preguntara a la enfermera que lo acompaña día y noche: «¿ese es Emilio?». Y después, le gustaría que los videos caminando por las calles del Microcentro se hicieran virales y que entonces, de alguna forma, todo el mundo se enterara del salto evolutivo que acaba de dar la humanidad, del gran salto contenido en apenas diez mililitros de un líquido blanco.

Pero no, el ingeniero sabe que los drones sobrevuelan la ciudad por otras razones, que lo hacen por la nueva disposición del presidente para amedrentar a los delincuentes que quieran entrar a las oficinas como la suya, oficinas que pagan todos los meses una suma importante para mantenerse a salvo de, como dice el doctor del Campo, los delincuentes terroristas que intentan hacerse en una noche lo que a él le costó toda una vida; frase que el propio Emilio Mansilla repitió más de una vez. Entonces, aunque le gustaría que los drones sobrevolaran

la ciudad por él, sabe que es mejor que hoy sus actos pasen desapercibidos, que la persona que en unos minutos lo encuentre tirado en la calle no sepa quién es (o quién fue) Emilio Mansilla. En todo esto está pensando el ingeniero cuando escucha los pasos.

No puede ser el jefe: el doctor del Campo está en Mallorca. Tampoco el personal de limpieza, hace tiempo que ese trabajo solo se puede realizar por la mañana. Entonces, piensa el ingeniero, tal vez los pasos sean de algún compañero que se olvidó algo, un celular, un llavero, y volvió a buscarlo. Debe ser Suárez, el idiota de Suárez. Por lo tanto, tiene que permanecer en silencio, esperar a que su compañero agarre su teléfono o lo que se haya olvidado y se vaya. Aunque tampoco pasaría nada si saliera del baño y lo saludara con naturalidad. Por algo es la mano derecha del jefe y Suárez es simplemente Suárez.

Los pasos se detienen. El ingeniero se agacha y trata de mirar por abajo de la puerta. Una sombra se mueve despacio, como un fantasma. Piensa que, tal vez, imaginar pasos y sombras sea otro de los efectos secundarios del midazolam o de la fluoxetina. Los voluntarios hablaron de mareos, de ruidos raros, de cosas que volaban, de dolores terribles de cabeza. El pibe que juntaba latas se lo describió bien, dijo que era como si le estuvieran metiendo clavos por las orejas. El ingeniero respira hondo. El zumbido de las hélices se mete ahora por el respiradero del baño. El ruido vibra dentro de su cabeza. Se frota las sienes. Cuando abre los ojos, la sombra fantasma ya no está. Quizás no haya imaginado nada, quizás Suárez resolvió su problema y ya está otra vez corriendo por las calles, buscando el colectivo que lo saque del infierno y lo deposite en el otro infierno que debe ser su casa.

Hace rato que siente un cosquilleo en el tobillo, pero recién ahora lo asocia con su teléfono. En la pantalla, recortada en un círculo, aparece la cara de su mujer. El ingeniero tendría que estar en su casa, sentado en el sillón, junto a su hijo; es lógico que Andrea esté preocupada. Podría tranquilizarla, decirle que está todo bien, que le robaron el celular pero que logró recuperarlo en un local

de la galería Jardín o, mejor aún, que logró recuperarlo después de noquear al delincuente terrorista que lo asaltó en la puerta del estacionamiento. Esa sería, piensa, una forma de dejar a Emilio Mansilla en un lugar bien alto.

O quizás, piensa el ingeniero, acomodándose en el inodoro, lo que tendría que hacer es contarle la verdad. Pedirle primero que lo escuche con atención y, después, narrarle los hechos uno por uno, desde el momento en que recibió el correo con la citación judicial hasta estos últimos minutos cuando, sentado sobre el inodoro de la oficina, se puso a repasar las decisiones que moldearon su vida. Podría decirle que todo empezó cuando leyeron juntos el primer mensaje del juzgado: «Se investigan posibles irregularidades en su inscripción de nacimiento». Podría decirle que le mintió; que el análisis genético que lo obligaron a hacerse demostró que no tenía ni un pelo de la estirpe Mansilla. Y que si el juez dictaminó lo contrario fue porque la noche anterior él había hablado con el doctor Del Campo para que moviera algunos hilos. También podría decirle que algo podrido le quedó dentro de la cabeza, algo que no pudo sacarse ni con pastillas ni con terapias. Y que la idea superadora nació leyendo el reporte que elaboró el idiota de Suárez sobre los efectos secundarios de uno de los medicamentos diseñados por la empresa —un efecto de desconexión sináptica que borraba la memoria reciente—, y que después, como en un dominó, los siguientes pasos fueron cayendo solos. Podría hablarle de su creación, de su único proyecto exitoso, de los meses que tardó en establecer la combinación justa de ansiolíticos y moduladores capaz de formatear el cerebro humano en menos de dos horas. Eso, Andrea: formatear el cerebro, borrar toda la memoria, empezar de cero. Podría también contarle del DNI falso que consiguió a cambio de desviar una partida de anfetaminas. Podría hablarle de los voluntarios, quizás sólo del primero para no abrumarla: de la noche que lo fue a buscar al Banelco de Florida y Córdoba, que de ahí lo llevó al McDonald's, que, después de comer, lo pinchó adentro de uno de los baños, que durante la primera media hora el voluntario sólo tuvo

dolores de cabeza —menos mal que estaban en un baño, porque después tuvo una diarrea fulminante— y que, unos minutos más tarde, en la plazoleta del Obelisco, el voluntario se quedó dormido como un bebé y que, cuando se despertó, era una hoja en blanco que no sabía ni cómo se llamaba.

El ingeniero vuelve a mirar la pantalla. En lugar de atender, deja el teléfono en el tacho de basura y se pone de pie. Un dolor le atraviesa la sien y, por un instante, le parece ver la cara de una mujer proyectada en la puerta del baño. ¿Andrea? Cuando está por empezar a subirse los pantalones, escucha los pasos, otra vez.

También escucha voces, risas. Le parece distinguir la voz de una de las bioquímicas. El ingeniero intenta abrocharse los pantalones pero siente, de golpe, una desconexión entre su cuerpo y su mente. Los párpados se le cierran. Tanteando con las manos vuelve a sentarse en el inodoro, se pide tranquilidad, sabe que cruzó la barrera, que el proceso ahora es irreversible.

El brazo izquierdo no le responde. Los dedos se le doblan, como garras, y por un momento cree que no son suyos. Todavía sabe que lo importante es que el formateo se produzca afuera de la oficina, en algún lugar del Microcentro donde nadie sepa quién es. De a poco, entonces, abre los ojos y termina de abrocharse el pantalón. Ahora, las voces y risas se transforman en gemidos. El ingeniero, finalmente, sale del baño. Suárez y la bioquímica lo ven y se esconden, torpes, semidesnudos, detrás de un escritorio. El ingeniero intenta decir algo, pero de su boca solo sale un sonido gutural, absurdo.

El espejo del ascensor le devuelve una imagen que no reconoce: sus propios ojos, demasiado claros, casi translúcidos. Se pregunta qué hace ahí, a dónde va. Al llegar a la calle, tiene la sensación de que alguien lo está esperando. Mira, entonces, para todos lados. No hay nadie, solo el ruido de los drones y el humo blanco que sale de las alcantarillas. No sabe a dónde ir. Tampoco dónde está. Camina con dificultad, cada paso le requiere un cálculo que antes hacía sin pensar. Una hélice golpea el aire a centímetros de su hombro. El ingeniero se da vuelta, intenta espantarlo con la mano, pero el

dron lo sigue, rozándole la cabeza. La visión se le nubla y apenas mantiene el equilibrio. Al llegar a la esquina, como si soltaran de golpe los hilos de una marioneta, Emilio Mansilla cae al piso y ahí, desarmado, se apaga.

BASURITAS

NUBIA BADO

> casi siempre sonaba una especie de melodía al piano, u otra clase de música al fondo de sus pensamientos. (...) A veces la música de este tipo sugería coloreados y diminutos trozos de caramelo, y otras, era lo más suave y triste que nunca hubiera imaginado.
>
> *The Heart Is a Lonely Hunter*,
> CARSON MC CULLERS

La semana pasada, mamá vino a casa con dólares. Los trajo en una bolsa de supermercado, dijo que era para disimular. «Si me afanaban, iba a ser una tragedia». No parecía gran cosa; un piloncito de billetes. Billetes sin ninguna arruga, con olor a plata fresca. Mario dijo que nunca había visto billetes tan nuevos y Julio dijo que eran billetes recién nacidos. Mamá se rió y nos mostró cómo los guardaba en una cajita de madera, y la cajita de madera en un cajón secreto, uno que está adentro del placard con la ropa de invierno.

Los chicos y yo le preguntamos a mamá si con la plata no podíamos ir de vacaciones a Brasil. Habíamos visto imágenes de playas

inmensas, de personas bronceadas con cocos en las manos y chicos de nuestra edad jugando al fútbol descalzos. Pero mamá dijo que esa plata es lo mínimo que le corresponde después de tantos años de esclavitud y que no podemos despilfarrar en nada, al menos hasta que consiga otro trabajo.

Los sábados por la tarde, mamá prepara una torta de ricota que nos vuelve locos y la comemos mientras miramos un programa de talentos en la tele. Siempre sueño con tener un talento y ser una participante. Quisiera ganar el premio mayor y despilfarrar. Mamá dice que prestemos atención, que capaz aparece papá en la tele. Mario dice que papá no va a aparecer en la tele porque no tiene ningún talento, pero que algún día va a volver. Mamá se ríe y dice qué va a volver ese desgraciado. Yo creo que es posible que aparezca en el programa de talentos y nos mande saludos, que diga un saludo a mis hijos y a todos los que me conocen.

Hoy vemos a un chico que va a tocar el piano. Ninguno de nosotros sabe nada de música y es la primera vez que escucho el nombre de Mozart. El conductor del programa dice que fue un niño prodigio y que viajó por todo el mundo. No sé si habla de Mozart o del chico que está a punto de tocar. Pienso que, capaz, lo mío es la música. Me imagino tocando el piano en Brasil, el público me escucha sentado en la arena y el cielo parece un incendio.

El chico de la tele dice que toca el piano desde los cuatro años y que estudia seis horas por día. Julio dice pobrecito. Yo pienso lo mismo, pobrecito, pero empieza a tocar y me siento como esos animales que corren desesperados en los documentales, que se escapan de algo que ni llegan a ver qué es y cuando están fuera de peligro siguen corriendo. Mario y Julio dicen que se aburren y hacen como que roncan. Mamá les da otra porción de torta.

Empieza la propaganda. Le pregunto a mamá si podemos comprar un piano. Hace una mueca con la boca torcida y levanta las cejas, pienso que va a decir que no pero dice que un piano le da más valor a una casa y, además de ser un instrumento, también es un mueble de lujo. «Como una biblioteca de algarrobo con guardas

de bronce, o un sillón tapizado con terciopelo...». Dice que podemos comprar un piano y un equipo de música con buenos parlantes, que hasta podemos tirar abajo la pared del garage y hacer un living nuevo donde pongamos todas esas cosas.

Los chicos y yo pegamos gritos de felicidad. Mamá dice que va a separar una parte de la plata para darnos esos gustos y que mañana mismo podemos ir de compras. Entramos en su habitación. Mamá abre el placard de la ropa de invierno. El olor a cosas de lana guardadas siempre me hace estornudar. «¡Salud!» dice Mario, y mamá dice salud, dinero, y amor. «¡Dinero sobre todo!» Abre el cajón secreto. Abre la cajita de madera. Los chicos y yo vemos como a mamá se le endurece la cara. Los dólares no están.

A la casa no entró nadie. Mamá nos acusa, nos pregunta qué carajo hicimos. «Si es un chiste, no me causa gracia. Esto es serio». Nosotros negamos tener algo que ver con la desaparición y eso la pone más nerviosa, empieza a gritar. Tiene la cara enrojecida y se le hincha una vena de la frente. «Si no me devuelven mis dólares voy a llamar a la policía».

Lloramos a los gritos. Julio vomita toda la torta de ricota, nos mancha las zapatillas. Unas gotas de vómito van a parar a la ropa de invierno. Mamá le tironea el pelo, le dice mirá lo que hiciste, tarado, y se pone también a llorar. Mario se arrodilla, le abraza las piernas, le ruega que por favor no llame a la policía. Somos demasiado chicos para ir a la cárcel pero alguna vez escuchamos hablar de los reformatorios donde van los niños delincuentes. Dicen que ahí duermen en el piso y que tienen que cazar palomas y ratas para comer. Ningún niño delincuente puede ir de vacaciones a las playas de Brasil.

Mamá se sienta en el borde de la cama y se tapa la cara con una almohada. Grita. Nosotros seguimos ahí, al lado del vómito. El olor es cada vez más fuerte, pero no nos movemos. De fondo suena la cortina musical del programa de talentos que vuelve a empezar. Lo único que quiero es acordarme de lo que tocaba el chico en el piano. Eso de Mozart.

Mamá se saca la almohada de la cara y nos habla sin mirarnos a los ojos. «Si me dicen dónde está la plata les prometo que los voy a perdonar, ni siquiera me voy a enojar...». Nosotros no podemos responder otra cosa, ya le dijimos que somos inocentes. «Veo que no piensan hablar...». ¿Así sería nuestro juicio? ¿Para qué nos enseñaron a decir siempre la verdad?

Mamá se levanta de golpe y dice que nos pongamos a buscar, que hasta que no aparezcan los dólares ninguno de nosotros va a descansar.

Buscamos durante horas, lo que se dice dar vuelta la casa. Buscamos hasta en los lugares más raros; en la heladera, en el horno, en el botiquín del baño, en la mochila del inodoro. Incluso buscamos en los frascos de lentejas, de arroz, en las latas de galletitas, en el paquete abierto de yerba y adentro de cada taza, de cada vaso, táper, cacerola, cacerolita.

Se hace de noche. No me importan los dólares, lo único que quiero es dejar de buscar, olvidarme para siempre.

«¿Los tiraron?». Mamá dice que hoy sacó la bolsa de basura al mediodía, que todavía podemos encontrarla y si los dólares llegan a estar ahí los vamos a tener que rescatar y limpiar con la lengua. Nos lleva a la calle y nos dice que nos metamos adentro del container. «Vayan a revolver».

Mamá siempre nos dice que no se nos ocurra agarrar nada del piso y mucho menos de la basura, pero ahora dice otra cosa. Me da vergüenza que alguien nos vea y piense que somos de esos chicos pobres que buscan ropa vieja y comida vencida. Pobrecitos esos chicos, tienen que conformarse con lo que tiran los demás. Nunca van a encontrar un piano en la basura.

A media cuadra viene un cartonero arrastrando un carro, nos mira. Mamá le dice que no se acerque, que esa basura es de ella.

Mario es el primero que entra en el container, se trepa y se tira de cabeza. Mamá lo mira a Julio y lo zamarrea de un brazo. «¡Qué esperás, metéte con tu hermano y revolvé!». Julio se mete también y los dos empiezan a gritar como locos que hay una rata. Yo también grito y abrazo a mamá, le pido que por favor no me haga entrar ahí

con la rata. Le digo que yo no soy como ellos, que soy mucho más inteligente, puedo aprender a tocar el piano y ganar el concurso de talentos de la tele. Mamá dice que me olvide del piano y que si los dólares no aparecen nos va a dejar tirados en la basura. El cartonero sigue mirando, tengo miedo de que nos suba a su carro y nos lleve a su casa de cartón.

Tanto es el griterío que se acerca un policía y le dice a mamá que saque a mis hermanos del container. Tiene unos borcegos enormes con los que puede aplastarle la cabeza a cualquier bicho, pero mamá ni se fija en eso. «¡Oficial, qué bueno que haya venido! Quiero que se lleve a mis hijos...». El policía me mira y se agacha un poco para preguntarme dónde está mi papá. Yo le digo que hace tiempo que no lo vemos y le miro la pistola.

Una señora grita desde una ventana que dejemos de hacer escándalo, que esto antes era un barrio tranquilo y ahora está lleno de vagos, linyeras y delincuentes. El policía ayuda a mis hermanos a salir del container. Julio le pregunta si no puede pegarle un tiro a la rata. Mario apunta al container con las manos entrelazadas y los índices hacia adelante. «¡Bang, bang, bang!». El policía le acaricia la cabeza y le dice a mamá que las fuerzas de seguridad no están para pavadas. «Si tiene problemas en casa, resuélvalo con su marido». Mamá se ríe como una loca y le dice que fue una confusión, que estábamos jugando a la búsqueda del tesoro.

Volvemos a casa. Mamá se ve rara; tiene los ojos llorosos y una sonrisa que no es la sonrisa de cuando está contenta. Dice que lo del piano le parece una buena idea, por eso del prestigio y la categoría. Repite lo del mueble de lujo. «También es una buena idea descongelar una pizza, así no cocino... ¿quieren comer pizza?». Yo no tengo hambre, me da mucho asco el olor a podrido de mis hermanos. Mario perdió una zapatilla, tiene una media de las que usa para jugar al fútbol mojada con un líquido marrón. Somos los trillizos basurita.

Julio me pregunta si el policía no se parecía un poco a papá. No sé qué decirle, las caras también se te pueden perder. Las caras y la

música. Ya no me acuerdo cómo sonaba lo que tocaba el chico del piano. Eso de Mozart.

Nos sentamos a la mesa. Mamá tararea la canción del programa de talentos mientras mete la pizza en el horno y saca un champán de la heladera. «¡Celebremos que estamos todos bien!... y después seguimos buscando». Nunca vamos a dejar de buscar.

CHUPACABRAS

MARIANO QUIRÓS

Vinimos a Buenos Aires escapando del chupacabras. La vida en el pueblo se nos había vuelto insoportable. La gente decía cosas, nos miraba cada vez más raro y con Lucre a punto de parir no nos hacía gracia la idea del mal de ojo.

Años buscando un hijo y ahora que llegaba el momento, no podíamos disfrutarlo.

A Lucre nunca le habían gustado ni la ciudad ni el carácter de los porteños. «Por Dios —decía—: no paran de hablar». Pero se sentía culpable y no puso reparos cuando le hablé de mudanza.

—Lo que te parezca mejor —me dijo, con el mismo gesto ensimismado que arrastraba desde hacía meses. Desde su encuentro con el chupacabras, para decirlo con propiedad.

A mí tampoco me gustaba Buenos Aires, pero no tanto por los porteños como por el ritmo que la ciudad impone. Acostumbrado a las distancias pueblerinas, a los tiempos muertos que permiten una contemplación, por así decirlo, más profunda, más concentrada, del paisaje, me vi de pronto abrumado. La urgencia, el escándalo permanente, la mezcla de malos olores...

Estuve a punto de echarme atrás, de hablar con Lucre y decirle que había sido un error, que mucho más prefería hacerle frente a una criatura del monte y a lo que dijeran los vecinos que a una

ciudad de comportamiento tan inestable. Pero creo que, finalmente, me adapté. O algo por el estilo.

Gracias a un conocido de Lucre —conocido de su padre, en realidad— conseguí que me asignaran suplencias en tres colegios secundarios. Daba clases de Lengua y Literatura y muy pronto entendí que los alumnos odiarían cualquier cosa que les propusiera. Cualquier actividad, cualquier lectura, la entendían como meras interrupciones a sus rutinas marcadas por asuntos que me resultaban inaccesibles.

Más de una vez cometí la ingenuidad de prohibirles, por ejemplo, el uso del teléfono. Que levantaran la vista, les decía, que la vida ofrece mucho más que alienación. Así, en vez de optar por la sana indiferencia, no hice más que ganarme el desprecio de cada uno. Lo entendí —o lo terminé de entender— el día que alguien, uno de ellos, tal vez una de ellas, se robó mi propio teléfono.

—Por favor —les dije, una vez que acusé el impacto por la ausencia del aparatejo en el bolsillo de mi saco—, por favor, si alguno sabe dónde está mi teléfono, que me avise.

Como respuesta obtuve, en principio, un profundo silencio; pero al cabo de unos segundos pude ver alguna que otra sonrisa socarrona y no pasó mucho para que Lili —una gordita de lo más charlatana— empezara a decir que bueno, que tal vez ahora yo aprendería a no meterme donde no me llamaban.

Pasé por alto semejante insolencia por la preocupación que me causaba Lucre, sola en casa y sin poder avisarme cualquier contingencia.

Después de analizarlo a fondo, decidimos con Lucre que apenas cobrara mi primer sueldo compraría un teléfono nuevo. No quise armar escándalo en el colegio, que un posible revuelo acabara complicando mi situación laboral.

El asunto era Lucre, que con el embarazo en su tramo final no levantaba cabeza. Cada vez que se lo preguntaba, me decía que no, que su ánimo era el mejor y que no había problema alguno. Pero bastaba que me distrajera, que me apartara apenas, para que se sumergiera en un silencio alarmante. Se sostenía la panza, cada vez

más enorme y oronda, y clavaba la vista en el techo o en algún punto perdido en la pared. También era evidente el descuido en el aseo, el repentino desinterés por la vestimenta.

Le compré flores, un ramito de fresias. Lo miró con desdén, le costó encontrar fuerzas para sonreírme.

—Están preciosas —dijo, pero noté el hastío en el tono de voz, las ganas de tenerme lejos.

A la mañana siguiente, antes de salir rumbo al colegio, encontré el ramo sobre la mesada de la cocina, aplastado por una bolsa de papas.

Temí que la estela maliciosa del chupacabras nos hubiera seguido hasta Buenos Aires.

A los alumnos, de pronto, les caía bien. Les gustó que no hiciera denuncias por el tema del teléfono. Ahora me buscaban charla, se reían de mi pacatería, alguno —Roger, un evidente vándalo que usaba buzos con capucha— se atrevió a darme consejos. Qué lugares de la ciudad visitar, en qué barrios había que cuidarse.

—Yo te puedo conseguir un arma —me dijo.

Me costó convencerlo de que no me hacía falta, que prefería que me robaran, incluso que me dieran una paliza, antes que usar un arma.

Una tarde de aquellas, al final de una clase, Roger y otros cuatro me invitaron a tomar una cerveza. Por supuesto, les dije que no, que yo era su profesor, no su amigo. Entonces se sumaron Lili, la gordita charlatana, y Blanca Morales, quizá la chica más hermosa de aquel curso, una trigueña que obligaba a mirar el suelo cuando la tenías enfrente. Que los acompañara, me pidió Blanca, que era nomás cosa de unos minutos, como mucho una hora, que así podríamos afianzar la relación alumnos-profesor.

No lo dijo en esos términos, desde luego; usó esa jerga tan traída de los pelos en la que se manejaban ellos. Lo bueno, lo que sentí como un dato positivo, fue que entendí casi todo.

Aun con la certeza de que cometía un error, acabé por aceptar el convite. Nos instalamos ahí nomás, a una cuadra del colegio, en un barsucho de mala muerte, lleno de malas caras y olor a cucaracha. Como adentro no había mesas ni sillas disponibles, nos

acomodamos, de pie, junto a un gran ventanal, sobre la vereda. En la escasa distancia que había entre el kiosco y el colegio, ya podía apreciarse el deterioro en el paisaje; viviendas que no eran más que entramados de chapa y ladrillo a la vista, cúmulos de barro, un cableado excesivo y a todas luces clandestino.

Roger y Melgar —otro de los vándalos que tenía por alumno— aparecieron con dos botellas de cerveza y me apartaron de mi observación. Bebimos directamente del pico.

El cansancio y la tensión de las últimas semanas se me fueron aflojando entre trago y trago. Me permití un par de chistes bastante subidos de tono que fueron celebrados por mis alumnos —aunque la charlatana Lili se ocupó de aclararme que ahí, en ese lugar, ellos no eran mis alumnos— acaso con entusiasmo desmedido.

Íbamos por la botella número ocho —las conté bien, al menos hasta donde pude— cuando Blanca me tomó de un brazo y, con delicadeza y cierto disimulo, me apartó unos metros del resto.

—Te gusta Buenos Aires —me preguntó.

Me puse nervioso, de pronto sentía calor y contesté con balbuceos. Primero dije que sí, que era una ciudad hermosa, pero de inmediato me puse a hablar del caos urbano, de contaminación ambiental, del peligro en las calles, cosas en las que no creía del todo.

Blanca me contestó con una sonrisa y me rozó una mano con sus dedos suaves. Fue apenas eso, un roce, que alcanzó para que un cosquilleo me recorriera la columna de arriba abajo, ida y vuelta.

—Tenés que tranquilizarte —dijo después, la voz melosa y un poco juguetona—: si está todo bien.

Miré la hora en mi reloj: las siete de la tarde. A esa hora yo debería estar llegando a casa. Pero entonces apareció Roger, aunque ya no con cerveza.

—¿Te animás con una jarra loca? —me preguntó.

Fue al segundo sorbo —porque me prometí que no serían tragos sino apenas sorbos— que empecé a hablar del chupacabras. Roger no había querido decirme en qué consistía su «jarra loca» pero por el

color y el aroma le adiviné algún vino de mala calidad rebajado con jugos y aumentado vaya uno a saber con qué.

—El chiste es tomar —dijo Roger—: lo que hay adentro no importa.

El asunto es que, fuese lo que fuese aquello que acompañaba al vino, le daba un sabor tramposo. Demasiado dulce, más bien grotesco. Tuve, en principio, muchas ganas de dormir, de echarme aunque más no sea una cabeceadita. Hasta me vino la ocurrencia de pedirle a alguno —a Roger, a Blanca, a cualquiera— que me hiciera una guardia mínima mientras me daba ese gusto.

Pero bastó que Blanca me preguntara por qué, si la pasaba tan mal en Buenos Aires, me había instalado en la ciudad. Respiré hondo, como si tomara impulso, y me eché aquel segundo sorbo. Después les conté, a ella y a los otros, del chupacabras. Se los conté al detalle. Que se decía en el pueblo que un chupacabras se estaba comiendo el ganado. Que era, el chupacabras, una mezcla de hombre, pero de un hombre borracho, con zorro. Un engendro que caminaba sobre sus dos patas traseras. Que habían aparecido unos cuantos terneros destrozados en los campos. En algún momento alguien habló de ajustes de cuentas entre ganaderos, pero al cabo fueron apareciendo testigos que decían haber visto a la criatura en los alrededores. Tanto así que se armaron patrullas de paisanos que andaban al acecho, detrás del chupacabras. Les conté, además, de Lucre. Que salía todas las tardes a correr por el parque que cruza el pueblo. Un parque precioso, espeso, cubierto de árboles. Se escucha estridente el canto de los pájaros; un poco más suave, allá abajo, el andar del río. Y en las tardes de verano, el alarido de las chicharras. Que quizá fueron aquellos ruidos, dije, los que camuflaron los gritos de Lucre. Al menos eso había dicho ella: que gritó.

Después vinieron las noches sin dormir, la mirada perdida, las pocas ganas de ver gente. Y por último el embarazo.

Una carcajada de la gorda Lili cortó mi relato. Miré la hora: casi eran las diez de la noche. Me pasé una mano por la cara, como para despabilarme, y sin decir adiós emprendí el regreso a casa.

Llegué justo a tiempo para el último subte. Agradecí el andén semivacío, que no hubiera nadie para verme en ese estado. Me recosté en la pared y desde allí fui siguiendo con la mirada el camino de las vías, cómo se perdían, las vías, en el boquete que escupe los trenes. Fue cosa de un segundo, quizá menos, un simple ramalazo de luz, pero cuando alcé la vista de las vías me topé de frente con la cara enloquecida del chupacabras.

No hay manera, me dije, de escapar de criatura semejante.

Pensé en Lucre y en el futuro que se nos venía encima. La ciudad, un hijo... era imprescindible que comprara urgente un teléfono.

QUIENES ESCRIBEN

EZEQUIEL NACUSSE

Nació en Tierra del Fuego en 1990. Es Licenciado en Letras. Vivió en Tierra del Fuego, Tucumán, Alemania y, actualmente, en Buenos Aires. Sus textos han sido incluidos en antologías de EMR, Blatt & Ríos, Notanpüan, Gog & Magog y Hablar de Poesía, entre otras. Editó *En la casa–barco. Poesía reunida de Inés Aráoz* (EDUNT, 2018). En 2024 ganó el VI Concurso de Poesía Lugar Común. Publicó los libros de poesía *Estrellas al fondo del río* (Aguacero, 2024) y *La alegría doméstica de las plantas* (2025). Es organizador del Festival Internacional de Literatura Tucumán desde 2015.

GRIMANESA LÁZARO

Nació en Tartagal en 1991. Es egresada de la Escuela Normal y de la UNT donde estudió Medicina y Letras. En el 2015, participó de la antología *40º Narrativa tucumana contemporánea*. En el 2017 se mudó a la Ciudad de Buenos Aires donde actualmente se desempeña como neuróloga. En el 2018 su libro de cuentos *Camión* resultó finalista del Premio Ficciones (Ministerio de Cultura). En octubre del 2021 publicó su primer libro con la editorial Blatt & Ríos, *Niña y basurero*, que recoge dos nouvelles. En octubre del 2024 publicó su segundo libro con la misma editorial, *El cuerpo de Viviana*, que reúne dos nouvelles y un cuento. Actualmente tiene una publicación mensual en *La Agenda, revista cultural*.

DANIEL MEDINA

Nació en Metán, Salta, en 1981. Estudió Ciencias de la Comunicación y Letras y trabaja, desde los 18 años, en distintos medios de comunicación. Realizó talleres de cine y guion con Alejandro Arroz y Lucrecia Martel, entre otros, y de crítica de cine con Claudio Huck. Dirigió y

escribió guiones de varios cortometrajes. En 2013 participó de la antología de crónicas *A 26 manos*, editada por el semanario Cuarto Poder. En 2014 publicó el libro de cuentos *Oparricidios* a través de la editorial jujeña Intravenosa, y en 2018 la novela *Detrás de las imágenes*, con la editorial Nudista. En 2017 obtuvo la Beca Nacional de Creación otorgada por el Fondo Nacional de las Artes. En 2023 uno de sus cuentos fue seleccionado para la antología *Modus Operandi. Policial contemporáneo argentino*, publicada por Falta Envido Ediciones. En 2024 la Editorial Nudista publicó su novela *La felicidad de los normales*.

VERÓNICA BARBERO

Nació en Tucumán en 1963. Publicó el libro de cuentos *Aquí se restauran niños y vírgenes* en 2018, reeditado en el 2024 por la Editorial Gerania de Tucumán. En el 2024 presentó en el Festival de Literatura de Tucumán su primera novela titulada *Obsidiana*. Participó en la antología *40° Narrativa Tucumana Contemporánea* editada por Blatt & Ríos y en un podcast de la Segunda temporada de *Los Cartógrafos* con el cuento *Crayones*. Se formó en clínicas y talleres con Carlos Ríos, Francisco Bitar, Pablo Katchadjian, Marisol Alonso, Damián Ríos, Eduardo Muslip y Elena Bossi organizadas por el grupo Ampersand y El Juguete Rabioso de Tucumán. También en talleres de poesía con Daniel Freidembreg, Elena Annibali, Denise León, entre otros. Tanto la novela como el libro de cuentos forman parte de la bibliografía obligatoria de la materia Literatura del NOA de la Universidad Nacional de Tucumán y la Universidad Nacional de Salta.

MATÍAS DALVARADE

Nació en Buenos Aires en 1979. Es escritor y profesor de Matemática. Autor de la novela *Baldío* (2025) y del libro de cuentos *Invasión* (2024) Su obra ha recibido diversas distinciones, entre ellas, el Premio Municipal de Literatura Manuel Mujica Láinez, el Concurso Nacional de Cuentos Adolfo Bioy Casares, el tercer lugar en el Gran Premio Banco Provincia de Literatura, la primera mención del Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar y el premio Luz Fernández Ediciones de novela.

NUBIA BADO

Nació en Buenos Aires en 1987. Es escritora, flautadulcista, licenciada en Artes sonoras y musicales por la Universidad Nacional de las Artes y profesora superior de música por el Conservatorio Superior de Música «Ástor Piazzolla». Actualmente se encuentra cursando la maestría en escritura creativa de la UNTref. Obtuvo premios, distinciones y becas en diversos concursos de literatura y de música. En 2017 formó parte de la Bienal de Arte Joven en la categoría novela. En 2024 su libro *Criaturas* (Odelia, 2024) fue galardonado con el primer premio al mejor volumen de cuentos inéditos del concurso internacional de la Fundación el Libro. En 2025 su novela *Las inútiles* fue premiada en el concurso Futurock de novela. Paralelamente a su actividad en la creación y la interpretación musical, se desempeña en el ámbito docente en los conservatorios «Ástor Piazzolla» y «Juan José Castro».

MARIANO QUIRÓS

Nació en Resistencia, provincia del Chaco, en 1979. Es autor de las novelas *Robles*, *Torrente*, *Río Negro*, *Tanto correr* (Premio Francisco Casavella), *No llores, hombre duro* (Premio Festival Azabache; Memorial Silverio Cañada, Semana Negra de Gijón), *Una casa junto al Tragadero* (Premio Tusquets 2017), *Nuestra hermana de afuera* y *Purirú*.

Es autor, además, de los libros de cuentos *La luz mala dentro de mí* (Premio del Fondo Nacional de las Artes), *Campo del Cielo* y *Ahora escriba usted*. Junto a Germán Parmetler y Pablo Black publicó el libro de cuentos *Cuatro perras noches* ilustrado por Luciano Acosta. Es organizador del Festival literario Mulita que se realiza cada año en la ciudad de Resistencia y coordina el taller de narrativa La Luz Mala.

ÍNDICE

4 Las modulaciones del terror
— ROBERTO CHUIT ROGANOVICH, BLAS RIVADENEIRA, VICTORIA DAONA

8 **José Menéndez Menéndez, oveja**
— EZEQUIEL NACUSSE

14 **Conegatos** — GRIMANESA LÁZARO

20 **Truco o treta** — DANIEL MEDINA

23 **Las dalias** — VERÓNICA BARBERO

28 **Microcentro** — MATÍAS DALVARADE

34 **Basuritas** — NUBIA BADO

40 **Chupacabras** — MARIANO QUIRÓS

46 Quienes escriben

COLECCIÓN **LITERATURAS POR VENIR**
dirigida por Roberto Chuit Roganovich,
Blas Rivadeneira y Victoria Daona

Políticas de la representación literaria divergentes respecto de la mímesis como ordenadora del imaginario. Poéticas renovadas para asediar la complejidad contemporánea.

VERA editorial cartonera
Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.

CEDINTEL

FHUC UNL • FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

CONICET UNL IHUCSO LITORAL

ediciones UNL

Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral *(www.huertatipografica.com)*.

Donde acecha la maldad / Ezequiel Nacusse... [et al.]; Compilación de Roberto Chuit Roganovich; Blas Rivadeneira; Victoria Daona. —1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2026.
Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera. Literaturas por venir)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-472-6

1. Literatura Argentina. 2. Literatura de Terror. 3. Literatura Contemporánea. I. Nacusse, Ezequiel II. Chuit Roganovich, Roberto, comp. III. Rivadeneira, Blas, comp. IV. Daona, Victoria, comp.
CDD 800

© Ezequiel Nacusse, Grimanesa Lázaro, Daniel Medina, Verónica Barbero, Matías Dalvarade, Nubia Bado, Mariano Quirós, 2026.
© de la introducción: Roberto Chuit Roganovich, Blas Rivadeneira, Victoria Daona, 2026.
© de la editorial: Vera cartonera, 2026.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar

Atribución/Reconocimiento–NoComercial–CompartirIgual 4.0 Internacional